



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: Sobre Darcy, cuya lanza no se quebró jamás

Autor: Fernández Retamar, Roberto

Forma sugerida de citar: Fernández, R. (1996). Sobre Darcy, cuya lanza no se quebró jamás. *Cuadernos Americanos*, 3(57), 42-44.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año X, núm. 57, (mayo-junio de 1996).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional).

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México.
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,
Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

SOBRE DARCY, CUYA LANZA NO SE QUEBRÓ JAMÁS

Por Roberto FERNÁNDEZ RETAMAR
CASA DE LAS AMÉRICAS, CUBA

SE ATRIBUYE A UN TALENTOSO pero ríspido escritor español haber dicho, al escuchar cálidas alabanzas sobre un colega: “Esos elogios, ¿contra quién son?”. Recordé la anécdota, pero con signo inverso, tras perder mi tiempo leyendo el publicitado artículo de Samuel P. Huntington “The clash of civilizations?” (*Foreign Affairs*, verano de 1993). Parece que esa aguada y trasnochada versión de ideas expuestas por pensadores como Spengler y Toynbee vino a ocupar, para algunos superficiales, la atención que hace pocos años le habían dedicado a otro texto banal: el historicista de Francis Fukuyama. El desagrado que me produjo la ligereza de las palabras de Huntington hizo que le preguntara a mi compañera (quien ya había leído el texto del estadounidense): “Adelaida, estas tonteras ¿no te hacen admirar todavía más a nuestro Darcy Ribeiro?”.

Así que ahora, cuando se me ha pedido participar en el mercedísimo homenaje que *Cuadernos Americanos* rendirá al gran brasileño que es orgullo y felicidad de nuestra América, no se me ocurre nada mejor que comenzar estas líneas (que por falta de tiempo sé que serán pocas, pero que por amor a la verdad sé que serán entrañables) evocando aquella conversación.

Hace años que aprendo de Darcy, y hace casi otro tanto que lo quiero mucho. Empecé a admirarlo (y a citarlo) cuando a finales de los sesenta o principios de los setenta leí *Las Américas y la civilización*, libro capital que apareció en español antes que en su versión original en portugués, pues al ser publicado, Darcy estaba en el exilio. Y este hombre que hace de la necesidad virtud explicaría que el alejamiento de su país, por doloroso que fuera (“muerte con otro nombre” llamó Dante al destierro), le enseñó a ser latinoamericano, es decir, lo enriqueció con una perspectiva más vasta que la que tenía cuando a mediados de los sesenta se vio obligado a dejar

Brasil. Desde tal perspectiva (y aún más: con horizonte universal) está escrita esa obra, como iban a estarlo otras que le seguirían. Tuve el honor de presentar, con Darcy a mi lado, la edición cubana de ese libro, que publicó, con gran satisfacción de nuestros lectores, la Casa de las Américas. Y en la revista homónima, que dirijo hace tres décadas, aparecen a cada rato comentarios sobre él o páginas suyas. No en balde es una de nuestras figuras tutelares, como lo prueba que en 1989 recibiera, junto con algunos de nuestros más valiosos colaboradores, la medalla Haydée Santamaría. Entre esas páginas recuerdo una entrevista que tuvo amplia repercusión: Darcy es un surtidor de ideas, un incansable transgresor, como de un tiempo a esta parte se acostumbra decir.

A raíz de conocer aquel título suyo, cuyos criterios centrales hice míos, fui devorando sus otras obras: antropológicas, pedagógicas, escatológicas. De *El proceso civilizatorio* (que el profesor Huntington haría bien en leer) hay también edición cubana. Alguno de los *Ensayos insólitos* salió en *Casa*, y espero que cuando volvamos a tener papel como Dios manda pueda ver la luz aquí el libro entero. Así como (al menos) *Utopía salvaje*. Varios de estos y otros libros suyos me los dio o envió con dedicatorias inolvidables. Al frente de los *Ensayos* escribió: "Para mi hermano Roberto F. R., que no merece ser tan largo, pero merece ser brasileño". Y al frente de *Utopía salvaje*: "Para mi hermano cubano, que me sirvió de modelo para crear Pitum". De viva voz me añadió que yo debería haber escrito ese libro, lo que me hubiera llenado de alegría. Como se sabe, un personaje esencial de esa obra se llama Calibán. De ahí que no haya sido extraño que al ser publicado en Brasil mi libro *Calibán y otros ensayos*, el prólogo, generosísimo, fuera de Darcy.

Cuando Alejo Carpentier, a quien también admiro y quise mucho, comenzó a padecer una grave dolencia, quizá como forma de desafiar a La Pelona inició un nuevo ciclo en su obra, caracterizado en gran medida por un espumante buen humor, visible en novelas como *Concierto barroco* y *El arpa y la sombra*. De modo similar, cuando a Darcy se le dijo hace años que le quedaba poco de vida (lo que afortunadamente no fue cierto), después de regresar espectacularmente a su país, hizo su aparición allí un raro novelista llamado igual que el hombre de ciencia, pedagogo y político que había salido al exilio. Ya mencioné una de las obras suyas de esta cuerda, *Utopía salvaje*, cuyo protagonista "vive una de las más fabulosas historias de la ficción brasileña desde *Macunaíma*", como dice Moacir Werneck de Castro, quien también con razón llama al

libro “divertido y profundo, serio y travieso, polémico y deleitable, visionario y racional”. Estos adjetivos ¿no podrían aplicársele con frecuencia al propio Darcy? Indudablemente. En cambio, no serían válidos para *Maira*, una novela de intensa, dolorosa seriedad, donde se asiste al espanto que nuestra civilización suboccidental sigue implicando para los únicos auténticos descubridores de este continente, los mal llamados indios. De la compasión, el valor y la sabiduría con que Darcy se había acercado a sus comunidades, ya teníamos testimonios en las obras suyas que se consideran antropológicas. A estas otras, ¿cómo llamarlas haciéndoles justicia completa? Si en la *Utopía* hay risa y sátira, en *Maira* hay tragedia. Quisiera opinar también sobre otras obras de Darcy, como *Migo*. Pero, contrariando un hábito frecuente, no voy a hacerlo, ya que aún no las he leído.

Desde el microcosmos de tribus destinadas por la avaricia a ser aniquiladas, hasta los complejos problemas de su extraordinario país; desde las Américas hasta la humanidad en su conjunto; desde la ciencia hasta la política; desde la educación hasta la ficción, la tarea cumplida por Darcy no parece la de un solo ser humano, sino la de un equipo multidisciplinario, erudito, chispeante, enamorado y enamorado, heterodoxo, ambicioso, talentosísimo y raigalmente bueno. Pocas semanas antes de caer en combate, hace un siglo, escribió José Martí: “Escasos, como los montes, son los hombres que saben mirar desde ellos, y sienten con entrañas de nación, o de humanidad”. Uno de esos escasos, preciosos hombres que he conocido es Darcy Ribeiro. También creo que se le puede aplicar lo que de Bernard Shaw dijera Chesterton: “esto es lo que se escribirá de nuestro tiempo: que cuando el espíritu que niega sitiaba la última ciudadela, blasfemando contra la propia vida, hubo algunos, uno especialmente, cuya voz fue oída y cuya lanza no se quebró jamás”.